

La construcción social de la violencia entre adolescentes y jóvenes de la zona de Los Pedregales de Coyoacán en el entorno familiar, escolar y comunitario

Cecilia Carbajal Belmont

La realidad social es compleja y refleja la dinámica de las interrelaciones sociales de los sujetos, a partir de los procesos sociales que ejercen. En ese sentido, para llevar a cabo este análisis se parte del siguiente supuesto: los procesos sociales generados como producto del cambio en las interrelaciones sociales, producen fracturas en dichos vínculos, lo cual ocasiona que el reconocimiento del otro no se signifique.



RESUMEN

En la realidad cotidiana, los procesos sociales que son ejercidos por los sujetos se van modificando continuamente. En ese sentido, los procesos que impliquen la interrelación social en la dinámica cotidiana se van modificando al punto de naturalizarla. La violencia es una práctica social, pues como ejercicio de dominación la participación de diversos actores, tomando diferentes significados, mismos que se aplican en la vida cotidiana de los sujetos, quizás porque se ha vuelto imperceptible que se confunde con "un medio de aceptación" de uno con el otro. La violencia es una problemática latente y creciente. No

es que antes no existiera, pues muchos momentos de la historia refieren el uso de la violencia como medio para la imposición de poder. No obstante, lo que se intenta en la siguiente reflexión es manifestar cómo a partir de la interacción basada particularidades de la violencia: el acoso, la ilegalidad, el estigma, entre otros factores que influyen en la inclusión de la violencia como forma de vida y de socialización. El asunto, no compete sólo a los adolescentes y jóvenes, incluye otros actores y diversos ámbitos. La construcción social de la violencia conlleva la asimilación de conductas no sólo desde un pupitre, un aula o la salida de la escuela, sino desde el seno familiar encargado ya no sólo de proveer de alimento y vestido, sino también de valores éticos, cívicos y solidarios.

Palabras clave: violencia, adolescentes y jóvenes, construcción social, familia, escuela.

ABSTRACT

In daily life, the social processes that are exercised by the subjects are changing continuously. In this sense, the processes involving social interaction dynamics are changing every day to naturalize point. Violence is a social practice, as an exercise of domination as the participation of various stakeholders, taking different meanings, same as those applied in the daily lives of the subjects, perhaps because it has become imperceptible confused with "a means of acceptance" from one another. Violence is a latent and growing problem. Not that did not exist before, as many times in history relate the use of violence as a means of imposing power. However, what is intended in the following reflection is to show how from the particularities of interaction based violence: *bullying*, illegality, stigma, and other factors that influence the inclusion of violence as a way of life and socialization. The matter is not only up to teenagers and young people, including other actors and various fields. The social construction of violence involves the assimilation of behavior not only from a desk, a classroom or after school, but from the family responsible for providing not only food and clothing, but also of ethical, civic and solidarity.

Keywords: violence, adolescents and youth, social construction, family, school.

INTRODUCCIÓN

Los escenarios donde el sujeto social se desenvuelve son variados en función de los roles y actividades que desempeñan, los intereses y significados, las emociones y aprendizajes. Las situaciones que se desarrollan como parte de su vida cotidiana son respuestas manifiestas a las fracturas del tejido social como violencia, inseguridad, ausencia de tolerancia, marginación u otras que definen el ir y devenir de la vida cotidiana de los sujetos.

La finalidad de este escrito es exponer el trabajo metodológico de investigación desde la mirada del Trabajo Social, sobre la construcción social de la violencia entre adolescentes y jóvenes de la zona de Los Pedregales, la influencia del entorno familiar y escolar, así como las posibles repercusiones en la ausencia de un proyecto de vida, mismo análisis que se vierte de tres años a la fecha, en la búsqueda de categorías que permitan determinar los alcances de la situación en la dinámica social.

El presente trabajo se centra en un proceso metodológico cualitativo. El basamento teórico que le da sustento es, por un lado, el interaccionismo simbólico de Herbert Blumer y, por el otro, Erving Goffman y su estigma o identidad deteriorada. Dichos autores fueron teóricos interesados en conocer las interrelaciones sociales desde la experiencia de los sujetos en su cotidianidad y la construcción de significados en función de la sociabilidad generada en tal cotidianidad.

La metodología construida para este trabajo intenta rescatar, desde lo social, puntos de alcance en cuanto a posibles intervenciones futuras para el tratamiento de adolescentes y jóvenes en conflicto social, considerando los diversos entornos de desenvolvimiento social, así como la construcción de una percepción de la situación social a partir de la interacción con el otro.

Por ello el proceso se inició trabajando con ciertos actores (alumnos de secundaria, madres y/o padres de familia a las afueras de la secundaria, policías, maestros de secundaria, pobladores de la zona, jóvenes que no estudian ni trabajan y sus familiares), mismos que dotarían de información a través de la "percepción" que tenía de los objetos, sujetos y acciones en la vida cotidiana. Así, se aplicaron mediante técnicas cualitativas que incluyeron la observación no participante, entrevista informal, a profundidad y sondeos.

El objetivo general de esta investigación se encaminó a conocer las características sociales del entorno familiar, escolar y comunitario que influyen en la construcción de la violencia como forma natural de socialización e interacción entre adolescentes y jóvenes, de la zona de Los Pedregales de la delegación Coyoacán.

Cabe mencionar que entre los aspectos específicos que interesan a esta investigación fueron para identificar los factores sociales que inciden en la práctica de la violencia escolar entre los alumnos de secundaria, conocer la percepción familiar, de las autoridades escolares, de los policías, de los vecinos entre otros sujetos que forman parte de la comunidad sobre los adolescentes y jóvenes, así como la percepción sobre el ejercicio de la violencia en la vida cotidiana de la comunidad. Otro aspecto a analizar fue la cotidianidad del uso de la violencia entre los adolescentes de secundaria, identificando tanto factores familiares y escolares como factores personales, sumado a factores de orden social que inciden en la posible ausencia de un proyecto de vida de los adolescentes y jóvenes. Todo lo anterior desencadenó la elaboración de un diagnóstico social que reflejará la situación de éstos en la zona de Los Pedregales.

Las preguntas que guiaron este proceso diagnóstico fueron: ¿cuáles son las caracte-





Interaccionismo simbólico en una escuela de Los Pedregales.

terísticas sociales de los adolescentes que viven en la zona de Pedregales?, ¿cuál es la percepción que los jóvenes tienen de la violencia para practicarla en su vida cotidiana?, ¿cuál es la significación social que se construye de la violencia incluyendo a la ilegalidad, la desconfianza y el estigma en la vida cotidiana de los jóvenes? y ¿qué factores sociales influyen en la construcción de un proyecto de vida de adolescentes y jóvenes?

DESARROLLO DEL PROBLEMA

La realidad social es compleja y refleja la dinámica de las interrelaciones sociales de los sujetos, a partir de los procesos sociales que ejercen. En ese sentido, para llevar

a cabo este análisis se parte del siguiente supuesto: los procesos sociales generados como producto del cambio en las interrelaciones sociales, producen fracturas en dichos vínculos, lo cual ocasiona que el reconocimiento del otro no se signifique.

El sustento teórico de esta propuesta gira alrededor del interaccionismo simbólico de Herbert Blumer (1982), quien desde sus supuestos intenta explicar que la interrelación social se genera a partir de la percepción que los sujetos le otorgan a determinados objetos de los cuales construyen una significación. Dicha experiencia se modifica conforme tiene contacto con otros objetos o sujetos en situaciones particulares.

Blumer analiza cómo los individuos adquieren experiencia social y significación de sus actos, en razón de estos postulados: 1) el sujeto orienta sus actos en función de lo que significan para él; 2) el significado de estas cosas proviene de la interacción social que cada cual mantiene con el otro; y 3) la manipulación y modificación de significados a través de la interpretación desarrollada por el sujeto al enfrentarse con las cosas que encuentra a su paso.

Del segundo sustento teórico, el de Erving Goffman (2004), teórico de la corriente microinteraccionista, queda manifiesto que la interacción será el intercambio cara a cara, es decir, la influencia mutua de un sujeto sobre las acciones del otro cuando se encuentran ambos en presencia física. Goffman afirma que ésta puede ser definida como la interacción total llevada a cabo en cualquier ocasión en la cual un conjunto de individuos se encuentra en presencia mutua y su identidad perdida, mediante la cual explica que el individuo que podía haber sido fácilmente aceptado en un intercambio social, posee un rasgo que puede imponerse por la fuerza y, de hacerse así, nos lleva a alejarnos de él sin considerar sus restantes atributos.

Cuando un individuo llega ante la presencia de otros, éstos tratan por lo común de adquirir información acerca de él o de colocar en juego la información que ya poseen, si es el caso. Así, la información obtenida por el individuo a través del lenguaje, permite a los otros saber de antemano lo que él espera de ellos y lo que ellos pueden esperar de él (Carbajal, 2012).

Las interacciones entre los sujetos surgen como producto de la acción que ellos efectúan con la intención de relacionarse y a la vez compartir significados semejantes a dicha acción. Por consiguiente, el sujeto participa en su interacción con el otro, per-

mitiéndole interpretar su actuar y también el de los otros, produciendo significados particulares y plurales de la situación.

Al hablar de los actos o de las acciones, Weber se hace presente con su método comprensivo con relación al "sentido que el individuo actuante le asigna un significado subjetivo a su conducta. La acción es social, en tanto su significado subjetivo toma en cuenta la conducta de otros." Las acciones o actos generados por los sujetos parten de la significación que cada uno tiene y, por ende, en la interacción simbólica se dan nuevas visiones o interpretaciones de su significado.

Del mundo social particular (Heller, 1985), conocido y significado por los sujetos según su dinámica cotidiana, se desprenden experiencias subjetivas de las cuales se obtienen las señales para interpretar la diversidad de símbolos. Así, es posible interpretar los procesos y estructuras sociales a partir de las interacciones intersubjetivas entre los sujetos, puesto que los objetivos trazados por los sujetos es todo aquello que los motiva a actuar, es en sí la justificación para su accionar.

La intención del investigador es la comprensión del fenómeno, como lo sugiere Weber, con el fin de interpretar los significados elaborados por los sujetos, generando una simbiosis de las situaciones experimentadas en la interacción de los actores sociales. De esta manera, las interacciones sociales se conjugan no sólo del intercambio cara a cara como Goffman afirmaba, sino también de los significados y los símbolos compartidos mediante la comunicación y la interacción derivada de la misma, lo cual suscita la acumulación de funciones emanadas de la psique señaladas por Blumer. Por ello, puede decirse que la esencia particular de un acto social se da cuando el significado otorgado por el suje-



to a ese acto está influido por la conducta de otros y se orienta en razón de la misma.

Planteados los basamentos teóricos de este análisis, comencemos a cuestionar, por un lado, cuál es la significación social que se construye de la violencia, incluyendo otros factores sociales que se vinculan con la ilegalidad, la desconfianza, y el estigma en la vida cotidiana de los jóvenes; al igual que la causa por la que los jóvenes abandonan la escuela para salir a la calle, e iniciar quizás una vida en el ámbito de la delincuencia, por otro.

Hablar de violencia y someterlo a procesos teóricos y metodológicos implica la compleja tarea de conocerlos, identificarlos, analizarlos e interpretarlos. La violencia "social" es un término que define una constante de situaciones que alteran el orden, no sólo desde lo jurídico o político, sino también desde lo social, donde situaciones que derivan de ésta son parte de la realidad cotidiana tales como la corrupción, la ilegalidad, la indiferencia, los delitos entre otros donde no existe un antecedente de estudio a profundidad (Jiménez, 2006). Siguiendo, la idea anterior hasta el año 2000, se tenía un total de 71,365,270 delitos a nivel mundial, 157 países eran considerados como peligrosos, con un alto índice de violencia, y México ocupaba el lugar 16.

La violencia como ejercicio de poder, de dominio y control se ha encontrado a lo largo de la historia de la humanidad, con un aumento constante en las prácticas cotidianas de socialización, y donde está el "objeto" sobre el cual recae la acción violenta: aquello o aquel contra el cual ejerce la fuerza, pues importa ahora lo que pasa con este algo o alguien que recibe la violencia, y según Juliana González sería el "último recurso", extremo, parcial, contingente, que se ejerce cuando parece no haber otra alternativa (González, 1985), y lo

ideal será apostar en favor de la no violencia para evitar violar los derechos básicos que no todos respetan o conocen.

Hasta hace unas décadas se consideró que la población juvenil sería la posible responsable de elevar el nivel de vida del país. Se le "responsabilizaba" de impulsar al país educativa y económicamente, sin embargo en la actualidad 33,774,976 de los habitantes en México son jóvenes de entre 12 y 19 años, de los cuales cerca de ocho millones están sin escuela ni empleo (Loza, 2012).

También se tiene una desconfianza de las autoridades hacia los jóvenes y viceversa, sumados otros actores que interactúan con los adolescentes y jóvenes: comunidad, escuela, familia y demás redes sociales donde estos actores interactúan, y en función de ello se generan estereotipos que determinan desde la visión de estos actores el perfil de los adolescentes y jóvenes. Igualmente, la impartición de justicia rechaza las conductas de los adolescentes, pero los hace parte de la dinámica de ilegalidad.

Al hablar de violencia no podemos dejar de lado el núcleo familiar, pues es el primer grupo con el cual el sujeto socializa y del que aprende diversas habilidades sociales para relacionarse con el resto de los sujetos.

En la zona de pedregales de Coyoacán se encuentra que algunos de los adolescentes provienen de familias desintegradas y/o de familias en las que posiblemente no existe comunicación o es muy limitada. De igual forma existen casos referidos por policías de la zona, en donde se identifica la violencia familiar como uno de los delitos más comunes.

Sin embargo, datos estadísticos sobre la percepción de la violencia, emanados de la aplicación de cuestionarios en escuelas secundarias de la zona de estudio, arrojan que en la realidad no siempre es así: el 59% de los adolescentes niega la existencia de actos violentos dentro de su entorno familiar; en



Madres solteras, constante del entorno escolar de la zona.

cuanto al resto, el 19% dice que sus padres les gritan; el 9% que se pelea a golpes con sus hermanos; el 8% que insulta a sus hermanos; el 3% es maltratado con golpes e insultos por parte de los hermanos, y apenas el 1% es golpeado o insultado por sus padres.

Las familias desintegradas están representadas por aquellos adolescentes que viven sólo con la madre, o bien, con el padre. En el primer caso, las estadísticas indican que el 14% de ellos viven con su madre, y apenas el 4%, con su padre.

Ante la ausencia de los padres, viven con algún otro familiar que en algunos casos es la abuela, tíos, quienes adquieren el rol de tutor. Casos como el anterior representa sólo el 10% de las familias, situación que puede justificarse tal vez porque los padres fallecieron, pasaron por un proceso de divorcio o abandonaron a sus hijos. Sin embargo no

es posible evidenciar que la mayoría de las familias están desintegradas, ya que la investigación señala que más de la mitad de las familias (76%) son "integradas", es decir, compuestas por padre, madre e hijos, de las cuales el 12% sólo tiene un hijo o hija.

Es importante mencionar que en la zona de los pedregales de Coyoacán, sitio donde se ha realizado la investigación de campo, los jóvenes tienen conductas vinculadas a la violencia y la ilegalidad. Forman parte de familias extensas caracterizadas por tener vínculos fuertes con los abuelos y los tíos, situación generada porque la madre es soltera, o fueron abandonados por sus progenitores cuando eran muy pequeños, o sólo porque ambos padres trabajan jornadas completas que demandan la intervención de los abuelos u otro familiar durante gran parte del día.





La ausencia de la madre o del padre, en algunos casos concretos, se origina debido a su decisión de formar una nueva familia fuera del núcleo ya establecido, así lo relataron algunos adolescentes entrevistados: "Cuando tenía 7 años, mi mamá, bueno 'esa señora', se fue con otra persona de la cual ya estaba esperando otro hijo y nos dejó con mi papá en casa de mi abuelita, pero después él se juntó con otra señora y a nosotras nos dejaron sólo con mi abuelita".

La separación de la pareja no siempre ocurre por formar otra familia fuera del núcleo. Algunas se originan también ante lazos de comunicación débiles y disfuncionales, lo que ocasiona un ambiente tenso e incluso hostil entre los padres.

No obstante, podría decirse que la nueva organización emanada de las fracturas familiares se ha normalizado, pues actual-

mente es común hablar de padres separados o que deben dejar solos a sus hijos, mientras van a trabajar. Así, es ya un hecho social integrado a la cotidianidad familiar actual, y de la cual puede hablarse como parte de esas nuevas relaciones familiares. Diría Nelia Tello que la familia nuclear arquetípica, formada por padre, madre e hijos, como modelo de familia occidental, dominante en los tiempos modernos, ha evolucionado constantemente, conforme a las condiciones socioculturales y en particular en función de las relaciones de género dominantes en cada sociedad (Tello, 2000).

Por un lado, la familia cumple una función esencial en el desarrollo de la persona, desde su concepción hasta la muerte, porque es el núcleo donde se forma mayormente la personalidad de los individuos en lo físico y lo espiritual; y, por otro, padres e hijos o de-

más familiares que componen la unidad doméstica, le dan una reciprocidad al sistema dentro de un tiempo-espacio concretos, un hecho constructivo social, como asociación primaria que le da valor a la juvenización para dar paso a los subsistemas alternos de supervivencia (Tello, 2000).

Sin embargo, los entornos familiares de la zona de los pedregales, sin ser la intención de este escrito estigmatizarlos o "encajonarlos", sí presentan elementos que la representan claramente. Ante los múltiples cambios sociales, la familia se ha visto afectada en esta función, resultando de especial interés la transformación experimentada y las habilidades que la familia tiene para solventar las necesidades básicas, ya no sólo de alimento y vestido, sino de ética y valores (Bauman, 2006).

El hogar de los jóvenes representa no sólo el sitio donde se le inculca el deber ser y hacer, la escuela también es vista como escenario para la construcción de violencia, de ilegalidad, de desinterés, y de abandono, al no formar parte de la expectativa de vida de los jóvenes continuar con una carrera universitaria y, por el contrario, buscan abandonarla o dedicarse a trabajar.

Un diagnóstico elaborado por autoridades de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal manifiesta que dentro de las aulas escolares pasa de todo: toqueteos, minicarteles de ventas de drogas, bandas de asaltantes juveniles, problemas de conducta, violencia física y psicológica (Loza, 2012). Sin olvidar que las autoridades escolares, junto con los padres de familia, mantienen una constante lucha de poderes entre saber quién debe educar a los jóvenes, si la escuela o la familia.

Algunos padres de familia creen que al dejar a sus hijos en la escuela, automáticamente son responsabilidad de la institución, deslindando responsabilidades ante la

percepción de que la escuela es educadora y formadora de valores. Sí, en efecto lo es, pero educadora en el sentido de transmitir conocimiento y reforzadora de valores, pues ambos aspectos se desarrollan inicialmente desde la familia: "Yo en mi casa cuido a mis hijas, pero en el momento en el que están en la escuela ya no es responsabilidad mía, sino de los maestros".

La convivencia en el aula se describe como un total de jóvenes mujeres y hombres fuera de su mesa de trabajo, unos golpeando o burlándose entre sí; otros afuera en el pasillo recargados sobre el balcón en espera que dé la hora de cambio, o bien, recibiendo el regaño del prefecto, acompañado de un ruido donde la mezcla de voces e insultos se manifiesta sin ser capaz de determinar quién dijo qué, o a quién se dirigió.

En esa misma dinámica, los profesores no arreglan ni median en la situación, por el contrario el profesor se presenta como la autoridad vertical y total que, con gritos y amenazas, intenta calmar los ánimos, sin embargo empeora la situación, porque los alumnos responden con groserías o insultos.

Incluso algunas de las personas que son parte de la misma institución educativa tienen una percepción de la verticalidad de las reglas: "Pues mira, no estoy de acuerdo con todas. Hay unas de las que difiero, porque siento que son innecesarias, estoy de acuerdo con las que son para mediar la convivencia y relaciones entre ellos y el personal que labora aquí, que haya un respeto recíproco. Con las que difiero son con las que le roban su identidad a los adolescentes; el corte de pelo, la vestimenta, que los profesores lleguen a pedir los cuadernos de una marca específica, el forro; les roban completamente su derecho a la expresión".

Tras la aplicación de entrevistas a profundidad y cuestionarios, se encontró que el 90% de los alumnos considera como violen-





Abigarrado escenario social de la escuela.

tas únicamente aquellas situaciones como "zapes" y golpes; el 84% mencionó a los insultos y las groserías, a pesar de que esta situación la identifican como algo normal entre los jóvenes que estudian en las secundarias de la zona de Los Pedregales, porque les ayuda a convivir y socializar con sus iguales.

Así pues, en la aplicación de instrumentos cualitativos se percibió que los jóvenes se desenvuelven en entornos sumamente violentos: la comunidad, los amigos y, en algunas ocasiones, en el mismo seno familiar. De modo que no resulta extraño observar

comportamientos violentos, como peleas en las calles o peleas entre habitantes de la misma colonia, que no son percibidos como graves, sino que caen dentro de la "normalidad", cuando las mismas personas no se consideran violentas y tratan de justificarse, y dicen cosas como: "Casi no. Sólo cuando me hacen enojar".

Además, ellos no consideran la exclusión como una forma de violencia, o no la alcanzan a percibir como tal, ya que la significan de otra manera: a base de golpes, groserías o empujones, pero como una

manera de convivir diariamente, situación que no les permite deslindarse de dichos comportamientos.

En ese sentido, 6 de cada 10 alumnos (es decir, 52%) respondieron que la exclusión no es una acción que los haga sentirse violentados. La búsqueda de identidad y de pertenencia a un grupo de amigos les ha generado –en algunos casos– la exclusión, que aunque es violencia, no está marcada como tal en la significación de estos adolescentes.

Los jóvenes de la zona de Los Pedregales, al igual que en otras colonias de la ciudad de México, no tienen oportunidades, y éstas no sólo se centran en un orden económico, sino también familiar. Al no contar con la construcción de valores y habilidades sociales idóneas para su desenvolvimiento social, puesto que al ser transmitidas erróneamente desde el seno familiar merman otros escenarios.

La escuela, como entorno formador desde una visión formativa, también ha dejado de lado su responsabilidad con los jóvenes. Cada vez es más común ver cómo los alumnos abandonan las aulas y se la viven en las esquinas de las colonias, o cerca de aquellos negocios donde las maquinitas y los videojuegos son su pasatiempo.

Pareciera que se están reproduciendo las características de la generación del personaje llamado "El jaibo" de la película *Los olvidados* (1950) de Luis Buñuel, dado que se mantiene ese carácter dominante, rebelde, sin guía, sin remordimiento. Así, de no integrarlos a actividades socialmente productivas, culturales, de empleo y formaciones educativa y cívica, los jóvenes mantienen su expectativa de vida, mientras la violencia, la ilegalidad, la falta de solidaridad se constituyen en características de un estilo de vida cada vez más socorrido y utilizado.

Los jóvenes deberían construir un plan de vida, pensar lo que quieren hacer, pues de

este modo se marcan metas que intentarían lograr. Sin embargo, en las entrevistas realizadas a adolescentes de entre 14 y 17 años que no estudian ni trabajan, se observa que no tienen claro lo que en realidad quieren hacer en sus vidas. Sus acciones sólo indican un objetivo: satisfacer lo que para ellos es necesario en el momento, teniendo empleos informales, de paso o de fines de semana, y de muy baja remuneración económica, pues el grado de escolaridad en el que se encuentran no les permite encontrar un mejor empleo con un salario mejor.

La edad contribuye a determinar el tipo de función del particular en la división del trabajo de la comunidad, de la tribu, o incluso de la familia (Heller, 1977). Es por eso que se percibe que los adolescentes no tienen un buen trabajo porque aún no están preparados para entrar en el área laboral y, claro, por ser menores de edad.

Al analizar las entrevistas a profundidad realizadas a adolescentes que no estudian ni trabajan, notamos que sus proyectos se limitan al grado de estudios que tienen y al no plantearse expectativas de vida más allá, algunas de las respuestas fueron: "Me quedé en la secundaria, bueno, la primaria, porque no saqué el certificado de la secundaria, ya que reprobé una materia (español), y pues no la he podido pasar, por eso no hice el examen para la prepa, pues como no tengo el certificado no me aceptan". Así, la joven sólo se resigna a quedarse hasta ese punto y no continuar.

En otro caso, el joven respondió: "Porque no me quedé en la escuela que yo quería, por eso ahora creo que volveré a hacer mi examen". Así, también notamos que los jóvenes que quieren seguir estudiando lo ven sólo para desaburrirse o no estar en sus casas, mas no como una forma de superación. Esta afirmación se confirmó con las respuestas obtenidas por parte de los







RUTA 60
CUCULLA
Km. 4 y CASINO
TORRES DE PADRENA
LOPEZ PORTILLO
2 DE OCTUBRE
C. C. N. SUR
REINO AVENTURA

RUTA 60
CUCULLA
Km. 4 y CASINO
TORRES DE PADRENA
LOPEZ PORTILLO
2 DE OCTUBRE
C. C. N. SUR
REINO AVENTURA

PERISUR
IMAN
UNIVERS

REINO AVENTURA
Six Flags
MEXICO
FICHAS TVAZTECA
MARNAP TRIBUNAL FEDERAL

RUTA 45
MERCADO DE BOLA

INDIA DIRECTA
CONSEJERIA Y ARBITRAJE
DISEÑO UNIVERSITARIO
ENFERMIA Y FARMACIA
FUNDOS DE PENSIONES
PUBLICIDAD

RUTA 45
La Negra

122
Ruta 60

jóvenes que están dentro de la institución secundaria, al cuestionarles si tienen planes de seguir estudiando.

Ante dicha pregunta, los jóvenes a quienes se les aplicó el instrumento respondieron que sí tienen planes de seguir estudiando (82%), mientras que a un 7% no les interesa, y éstos son los que se encuentran expuestos a convertirse en adolescentes que no estudian ni trabajan.

Por tanto, podemos decir que, al estar integrados a una institución escolar, los jóvenes quieren seguir perteneciendo a ella. En contraste, en las entrevistas realizadas a jóvenes que no estudian ni trabajan, y que tampoco están inmersos en ninguna institución escolar, respondieron que no tienen interés de seguir estudiando, aunque, si así lo quisieran en realidad (ser profesionistas u obtener un mejor empleo), no podrían lograrlo por la falta de apoyo económico por parte de sus padres: "Pues sí, porque me aburro en mi casa, pero yo creo que ya no voy a seguir estudiando porque mi papá ya no me la va a querer pagar", dicen por un lado, mientras que otro caso responde: "Bueno, pues mi mamá está enferma y mi papá [albañil] también, del corazón, y ya trabajan menos".

Las chicas que participaron en la entrevista refieren que les gustaría ser "abogadas." Otra respuesta encontrada fue: "Quisiera ser técnico en informática, pues me gustaría meterme a unos cursos y después meterme a la prepa abierta, para poder buscarme un trabajo de medio tiempo."

En el caso del análisis cuantitativo, aunque es poco el porcentaje (11%), son jóvenes que también son propensos a residir en las calles, pues aunque quisieran desarrollarse escolarmente, la falta de apoyo los limita a continuar.

CONCLUSIONES

La violencia toma diferentes significados, mismos que se aplican en la vida cotidiana de los sujetos, quizás porque se ha vuelto imperceptible y se confunde con "un medio de aceptación" de uno con el otro.

La violencia es una problemática latente y creciente. No es que antes no existiera. Muchos momentos de la historia refieren el uso de la violencia como medio para la imposición de poder. Sin embargo, su presencia se extiende desde lo mundial hasta lo local, aún más en espacios comunitarios que son claros ejemplos de lo que sucede en otras latitudes.

Su estudio está en conocer las repercusiones a nivel social, tal como intenta manifestarlo el Trabajo Social: su forma de reproducción, su ciclo o los procesos que la desencadenan, porque como problemática trae consigo antecedentes que la producen en diversos entornos y, al mismo tiempo, la reproducen.

La sociedad se haya en un escenario complejo, donde la violencia social y todas sus formas impactan negativamente. Nuestros ámbitos de convivencia son alimentados por la exclusión, la discriminación, el estigma, la desconfianza, la intolerancia, la invisibilidad, en entornos colectivos como la escuela, la familia y la comunidad. Lugares locales que forman parte de los contextos donde los adolescentes se encuentran gran parte del día.

La violencia se vincula con otros patrones de comportamiento que están vinculados a ella: desconfianza, ilegalidad, competencia, entre otros. Esto no parte sólo de lo individual sino igualmente en lo colectivo. La ruptura del tejido desencadena conflicto por legitimar espacios de sobrevivencia utilizando los medios que sean, incluyendo la violencia.

La socialización de la violencia incluye también comportamientos sociales en la vida pública y privada, menciona Nelia Tello, y agrega que se dan en la vida pública y privada convirtiéndose en referentes imprescindibles del comportamiento social.

Frente a la violencia escolar, los esfuerzos institucionales se enfocan sólo a acciones coyunturales, mediatas, a veces confundidas con "mano dura" vertical, sin entender que tal situación no se atiende de forma separada por un lado en el hogar, y por otro en la escuela; a veces en casa, con castigos que no se cumplen, donde los permisos no se acatan o en la escuela acosando, amenazando o humillando.

En ese sentido, que existan patrones como la desconfianza hacia el otro en las interrelaciones supuestamente fundadas en el respeto del otro y que permiten un proceso de cohesión social entre los sujetos, no contribuyen en la construcción de espacios de convivencia. La violencia, como mecanismo de interacción, social no es una forma adecuada de hacerse escuchar ni de ejercer la autoridad (Tello, 2011).

Es necesario hacer hincapié en que las relaciones sociales producto del contacto, la comunicación y la interacción, deben estar basadas en el respeto mutuo y la responsabilidad para re-significar las relaciones sociales y re-crear los espacios de interacción. En la cotidianidad, aprendemos cierta relación con las normas que acordamos, o que nos son impuestas, o a veces negociadas, a través del ejercicio del poder o recíprocas.

Ya Agnes Heller (1977) manifestó que la vida cotidiana es la reproducción del hombre particular, quien desde el inicio de su vida tiene determinadas condiciones sociales, sistemas y forma parte de algunas instituciones concretas. Sin embargo su ambiente cambia: se enfrenta continuamente a nuevas tareas, debe aprender nue-

vos sistemas de uso.

El sujeto particular genera tales significados a partir de la socialización, de lo aprendido. Lo mismo sucede con los actos violentos, son "adaptados" a la cotidianidad y forman parte de sus prácticas diarias. La violencia es, entonces, una práctica aprendida, asimilada de diversas formas. Se dice que la violencia debiera ser el último recurso, no obstante, como signo de inestabilidad en la realidad, el sujeto tiende a no superarla, ya que las normas de convivencia parecieran no ser claras, y de serlo no se acatan donde la ética y la violencia se repelen.

En ese sentido, la violencia entre los adolescentes en las escuelas secundarias es un fenómeno que se presenta por la fractura de la significación hacia el reconocimiento del otro, la socialización entre dichos adolescentes se hace a través del sometimiento, la burla y la falta de respeto hacia sus compañeros, el ejercicio de prácticas violentas que incluyen apodos y golpes, que desde la perspectiva de las víctimas sería "normal". Es decir, la formación y el desarrollo social de los adolescentes se mira como si fuera un problema personal, inclusive parte de una etapa de su desarrollo. No obstante, la forma en como se le da significado a las opciones de comportamiento relacional que tienen los jóvenes ante sí, es un proceso social que conforma las características del sistema social en que vivimos.

La escuela es un entorno donde la violencia entre los adolescentes está presente y justificada porque se le relaciona con los cambios de la personalidad de los mismos. La normalización de patrones conductuales y la ley del más fuerte predominan, generando así una relación de dominio y sumisión donde los actores partícipes de ésta intercambian roles en el ejercicio de la misma, a veces son generadores de violencia y otras son objetos de violencia.



No obstante, el escenario anterior es sólo el reflejo de los otros ámbitos donde nuestros sujetos de investigación aprenden la violencia. No se trata de referir la situación actual de nuestros adolescentes y jóvenes, sino de agregar la ausencia de un sentido ético en el cual estos chicos y chicas se desenvuelvan, el cual debe ser provisto por el ámbito familiar, el cual ya no sólo tiene la tarea de proveerles de vestido y sustento, sino también de un sentido cívico y ético que le permita ser un ciudadano que exija con conocimiento de causa sus derechos y obligaciones mismos, que deberá conocer y a su vez reconocer los derechos de los otros.

El uso de la fuerza en los juegos, los apodos, la exclusión de los equipos de trabajo y el aislamiento de algunos alumnos y alumnas dentro del aula son prácticas ejercidas "cotidianamente". Hasta cierto punto las madres y padres de familia refieren que esto es parte de las dinámicas dadas entre los adolescentes porque es una forma de aprender a entablar límites e identificar el nivel de tolerancia que cada individuo tiene.

Sin embargo, cuando un menor agrede o rechaza, se puede generar una relación de acoso que tiene consecuencias graves, mismas que se perciben en el desarrollo o desenvolvimiento de "todos los participantes" sin hacer nada, sin pedir apoyo de una autoridad escolar o de la intervención de los padres.

Así, los alumnos comparten códigos, símbolos y significados en su interacción. Las normas y límites pareciera que no entran dentro de dicha codificación por el escaso valor y comprensión del por qué respetar reglamentos y apegarse a lo establecido cuando en su entorno social inmediato no se ejercita.

La violencia escolar es una situación problema donde el adolescente agresor o agredido no es el único actor. Los padres de familia, los profesores y la comunidad tam-

bién están inmersos en la modificación de procesos sociales y en su aceptación.

La escuela o la familia no son los únicos entornos generadores de violencia, sino que ésta es una construcción social que proviene de causas no lineales generadas desde la estructura de la sociedad, misma que se reproduce en diversos entornos con los cuales los adolescentes, padres de familia, profesores y demás actores tienen contacto cotidianamente, significando y aplicando en su entorno hasta convertirse en una práctica socializada.

En ese sentido, la conclusión diagnóstica nos lleva a determinar la existencia de violencia, cada vez más apremiante, más dolorosa ya no sólo para las víctimas, sino para los victimarios, menores que a veces no alcanzan la mayoría de edad.

La violencia social tiene, por un lado, una razón estructural, es decir una fragmentación visible que permea diversos entornos, y por otro es necesario entender que los entornos donde ésta se desarrolla tienen una generalidad donde el poder, la sumisión, la exclusión, desconfianza, invisibilidad e individualidad, son practicados en la interacción con los otros (compañeros de clase, padres de familia, hermanos, profesores y amigos, vecinos, servidores públicos, etcétera), y viceversa.

Los actores estudiados reconocen a la violencia, sus consecuencias y los daños ocasionados por ésta. Sin embargo, la aplicación en su vida es "cotidiana". La normalización de la violencia comienza desde situaciones sutiles como el uso de palabras ofensivas o el uso de "apodos", luego de lo cual se ven envueltos en juegos violentos: pasan de un apodo a agresiones físicas de manera imperceptible, el juego a veces es tan sutil que no pueden reconocerlo como agresivo.

Sus redes sociales se conforman por amistades, las cuales definen como aque-

llas que hacen "paros", con los que tiene comunicación, con los que se llevan bien. Su percepción de amigo dentro de su círculo afectivo más cercano no es clara, pues entre "amigos" acceden a violentarse, aunque no se reconozca así.

Los diversos estudios e investigaciones al rededor del tema juvenil es vasto, y hasta podemos aludir a propuestas para trabajar con ellos desde la integración hasta la resignificación del problema. Asalta la duda ¿a qué sociedad se les quiere integrar, si no han pertenecido a ella? ¿O cómo lograr que esta sociedad, cada vez más lacerante y agresiva, sea más consciente para llegar a emplear los modelos de educación para la paz o de no violencia y así intentar su integración?

Los adolescentes y jóvenes han encontrado en la violencia una forma para tratar de sobrevivir en una sociedad que los ha excluido permanentemente. Los jóvenes están forzosamente vinculados a su entorno, al ambiente económico, social, político y cultural presente en cualquier etapa de la historia de un país o de una ciudad, y de esta relación histórica dependerán los mecanismos, acuerdos, visiones y formas de convivencia que se hayan establecido entre ellos y su sociedad, y de ella dependerá su propia

imagen pública, su percepción popular y las formas y límites que encontraron para asociarse entre sí (Berthier, 2004).

El escenario explica a la violencia claramente: una constante y permanente repetición de situaciones variadas que incluyen violencia en la vida diaria ha generado la desensibilización ante lo que representa el dolor y el sufrimiento del otro. Tal pérdida va acompañada de fenómenos económicos y sociales: desempleo, narcotráfico, la venta informal y la piratería, así como la pérdida de confianza en las instituciones. La violencia se va arraigando y multiplicando entre los adolescentes y jóvenes, quienes la reciben como aprendizaje cotidiano y natural, ante la pálida presencia de valores que se tenían respecto a la vida, el empleo, la familia y el desarrollo personal.

Existe una desvalorización de una familia que proteja y no agrede, que provea de un ambiente "feliz". Sus decisiones y proyecciones de vida se ven influidos por aquellos con los que se relacionan, situación que de no atenderse desde lo micro y macro social, desperdiciará el potencial de varios adolescentes y jóvenes que podrían ser el cambio en este clima hostil y decadente.



REFERENCIAS

- Bauman, Z. (2006). *Comunidad. En búsqueda de seguridad en un mundo hostil*. España. Siglo XXI.
- Berthier, H. (2004). "Pandillas, jóvenes y violencia". *Desacatos*, pp. 105-126.
- Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*. Barcelona. Hora.
- Carbajal, C. (2012). *La construcción social del ciudadano a partir de la significación social del espacio urbano que se habita*. México. ENTS. UNAM. Tesis.
- Goffman, E. (2004). *La presentación de la vida cotidiana*. Argentina. Amotortu.
- González, V. J. (1985). "Multivocidad de la violencia". *Diánoia*, pp. 129-142.
- Heller, A. (1977). *Sociología de la Vida Cotidiana*. España. Península. Y (1985). *Historia y vida cotidiana*. Barcelona. Grijalbo.
- Jiménez, O. R. (2006). *Violencia y seguridad pública: Una propuesta institucional*. México. UNAM-IIS.
- Loza, E. (2012). *Los muchachos perdidos. Distrito Federal, México*. Debate. México.
- Tello, N. (2000). *La estructura social de las familias en las zonas populares*. México. Y (2011). *Recuperando lo nuestro*. México.

CECILIA CARBAJAL BELMON.

Profesora de asignatura de la ENTS, UNAM, coordina proyectos de la EOP-SAC y mantiene una línea de investigación en torno a ciudadanía, espacio urbano y violencia social.